

TRAVESÍA MULA-VALLE DE LEYVA

Partimos un viernes al atardecer, atrás dejamos nuestra casa, nuestra familia, nuestros amigos... Con una mochila repleta de ilusión, nos encaminamos a la aventura, nuestro propósito: "llegar al Valle de Leyva (nuestro segundo hogar) andando".

Con la noche ya sobre nuestras espaldas, y ayudados por la luz de nuestras linternas nos abrimos paso entre la penumbra, para llegar al lugar donde pasaremos nuestra primera noche en la travesía.

Casi llegando a nuestro primer vivac, nos damos cuenta de las pequeñas cosas que dan sentido a la vida: el agua fluyendo, el canto de algún ave nocturna, el silbido del viento al pasar entre los frondosos pinos, etc. Cotidianamente nos olvidamos de todo esto, entre los ruidos y la polución de la gran urbe.

Pasamos una magnífica noche al cobijo de una cueva, donde dormimos y repusimos nuestros fatigados cuerpos. Desde la cual podíamos apreciar la belleza de una noche iluminada por la luna y acompañada de fascinantes estrellas; no sin olvidar el susurro del agua al pasar por el cauce del Barranco de la Hoz.

Ya bastante avanzada la mañana del sábado, y después de haber almorzado, reanudamos la marcha. Seguimos el cauce del río, hasta que hacia la mitad decidimos desviarnos a la izquierda, y salvando una dificultad montañosa llegamos a comer al Barranco de Valdelaparra. Junto a una bonita casa de la zona, llenamos nuestros sacrificados estómagos y dormimos una plácida siesta.

Alrededor de las cinco de la tarde, nos dispusimos a dar el puntillazo a la jornada, y tras llegar al alto de las Paredes de Leyva, bajamos por el lugar de costumbre al aparcamiento del lugar. Aquí relajamos y descansamos nuestros doloridos cuerpos tras una jornada intensa. Cenamos para recuperar las energías gastadas en el viaje, y esta vez, con el cielo por techo nos acostamos a dormir.

El domingo amaneció deslumbrante, y escuchando a un mito de la carretera (citröen 8), supimos que puntuales a su cita, José Manuel Zapata y Ginés Fernández, habían llegado. Mientras almorzábamos, también manteníamos una agradable conversación sobre lo acaecido desde nuestra partida del pueblo que nos vio nacer. Al terminar, los cuatro tomamos la senda que nos llevaría al sector de escalada deportiva conocido como Las Cuevas. Yo pretendía afrontar mi último desafío de la jornada: "encadenar la Moñiga Atómica (6b)", que después de una sesión fotográfica a mitad de vía, tuve que abandonar; al final, la gravedad ganó la partida.

Ya es mediodía, volvemos a casa, bromeamos sobre música y cómo no, sobre mujeres. Nuestros cuerpos maltratados y vencidos por el cansancio, reposan en los asientos del vehículo que nos trae de regreso. Ahora que todo a acabado recapacito sobre el viaje a pie, ¿qué habremos sacado con ello?, ¿habrá

sido una experiencia más, o nos ayudará a valorar mejor nuestra cómoda vida en la ciudad, debido a la austeridad del viaje?, ¿esta aventura nos ha cambiado o somos los mismos que partimos una tarde de primavera hacia un futuro incierto?. Estas y otras preguntas rondan mi cabeza, y la única respuesta que encuentro es que ni yo mismo sé por qué hacemos lo que hacemos, pero este tipo de vida engrandece el cuerpo, la mente y el alma humanos. Estamos en la obligación de responder a la llamada de la montaña.

José Javier Maurandi Jiménez y Jose Antonio Rodríguez Sánchez.

13 de abril de 1997.